



Ordenación
Diego Durán

Queridos hermanos,

Escuchamos en la narración profética que la vocación del Señor no es una simple llamada a una tarea o a una labor como un asalariado. Quien llama te conoce desde siempre, desde el seno materno, y pensó en ti. Está en juego la propia persona, que encontrará su cumplimiento en esta historia naciente, en este camino que el Señor propone, al que llama, en el que te guía.

En la relación con Dios seremos bien quienes somos, en la relación que Él establece, creándonos y eligiéndonos, con una vocación destinada a ser fundamento y misión en la que tome forma la vida.

La respuesta de Jeremías se corresponde con su mirada sobre sí mismo, en la que percibe la desproporción para con Dios, las dimensiones de una misión que no se corresponde con sus fuerzas, con su inteligencia o elocuencia, con la propia estatura personal: soy un niño, dice.

Dios, sin embargo, no aprueba esta defensa, este mirar y juzgar desde sí mismo, y no volver la mirada hacia Él, no confiar en su llamada. ¡Cómo no agradecer entrar en relación personal con Dios mismo, según su sabiduría y amor infinitos, que, desde luego, sobrepasan nuestra naturaleza, pero también la elevan, le dan sentido pleno a su existir y una fecundidad nueva, y la llenan de gracia y de verdad!

Nos da un ejemplo el apóstol Pablo: déjale de lado toda simulación, las conveniencias humanas, toda intriga; mi interés está puesto entero en no falsear la Palabra de Dios encomendada, no quiero reducirla a mi medida, a mis concepciones y a mis proyectos.

Pablo lo sabe: no nos anunciamos a nosotros mismos, ni siquiera queremos hacerlo. Deseamos más que nosotros mismos: un tesoro de conocimiento y de gloria, que resplandece en el rostro de Cristo.

Ante la presencia de Jesús que llama, la adhesión y la docilidad del corazón es la única respuesta. Como en el caso de Jeremías y de Pablo, el Señor nos envía y nos confía sus propias palabras divinas, su Evangelio. Estamos llamados a anunciar al Señor Jesús, verdadero Hijo de Dios y Salvador del mundo, cuya sabiduría y amor superan cuanto uno puede alcanzar, aunque fuese el mundo entero y toda su inteligencia, que iluminará y juzgará el universo y a todos los hombres.

Pablo, el apóstol, no quiere quedarse en menos, ni quiere tampoco menos para los suyos. Desea que comprendan que un bien tan extraordinario viene de Dios, en el Señor Jesús, y no de los hombres. Esto está en el corazón de su misión apostólica, y así quiere servir a los hermanos con el servicio verdaderamente útil: el conocimiento y la comunión con Cristo. Para llegar todos a ser aquello a lo que Dios nos llama y aún no somos plenamente.

Esta llamada es hecha por el Señor a sus apóstoles, y a sus colaboradores hasta el final de los tiempos, a los sacerdotes.

La hace con su presencia, con su obra de salvación, que sólo Él podía llevar a cabo. Su venida y su misión sucedió en el modo escogido por la eterna Trinidad, que nosotros no sabríamos elegir, que no elegiríamos, como dijo un día a Pedro: apártate, piensas como los hombres, no como Dios.

El modo de la presencia y de la obra de “Dios-con-nosotros” es el contenido mismo del Evangelio: el Hijo, por voluntad del Padre y obra del Espíritu Santo, se hizo carne, la entregó para la salvación del mundo, y nos la ofrece como alimento de vida eterna.

No hay otro Cristo, no hay otro “camino, verdad y vida”; éste es el Pastor bueno y la puerta por la que de verdad se va al Padre, aunque nosotros quisiésemos proponer caminos más anchos y cómodos.

Al Padre, como en el caso de Jeremías, no le agrada que no miremos, escuchemos y sigamos a su Hijo. Nuestro verdadero rostro, nuestra grandeza, nuestra fecundidad en la historia, se nos dará en la humildad de quien no prefiere otra cosa a Jesús. Discutir como los discípulos aquel día sobre la manera de dominar, de ser valorados por encima, buscar la propia importancia, no es el camino, introduce falsedad en la vida: “se hacen llamar bienhechores”, mientras buscan la propia gloria.

No así el sacerdote, que aprende del Señor Jesús y es enviado por Él realmente, como nos recuerda el sacramento del orden. No es obstáculo nuestro límite; porque la paciencia del Señor es nuestra esperanza. Él nos corrige, nos enseña, nos ayuda: aprended de mí, que estoy en medio de vosotros como el que sirve. Conmigo llegaréis a los tronos de la gloria, pero por este camino, no por los que podáis imaginar o contraponer –como quizá Judas.

Y ¿cómo sirve el Señor? Como lo ha hecho en su vida y ha culminado en su Pascua, como nos manifestó en la Última Cena, en la Eucaristía. Con un amor y una disponibilidad al Padre sin límite alguno, con una entrega de sí hasta el final, llevando el peso del pecado de todos los hombres en la cruz, para su salvación. Así mostró el Amor del Padre, la benignidad de su designio eterno, la firmeza inquebrantable de su propósito: Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.

El sacerdote es enviado por Jesucristo, viene por tanto de la Eucaristía, de la mesa de la Última Cena, y no quiere anunciar otro Evangelio: el perdón de los pecados, otorgado a quien cree en Jesús, la comunión con Él, en su muerte y su resurrección, en su Espíritu y en la verdad que nos revela, en su humildad y disponibilidad a la voluntad de Dios, que para nosotros se expresa en Cristo mismo.

El sacerdote sirve a esta comunión en Cristo, a la unidad de la Iglesia, a que todos encuentren su salvación. Sirve a sus hermanos con la Palabra y con los Sacramentos, con el anuncio del Evangelio y con la celebración del Bautismo, de la Eucaristía, de los sacramentos todos. Y sirve como enviado del Señor, según su Espíritu, partícipe de aquella caridad del que nos amó y se entregó por nosotros; y siempre enraizado y al servicio de la unidad, de la comunión en Cristo, que Él mismo originó con los Apóstoles.

No existe otro Evangelio; no es verdadero apóstol el que no lleva al amor al Señor Jesús, al discipulado y la comunión con Él.

Así pues, el sacerdote anuncia y hace presente algo más grande que él mismo: una fuerza extraordinaria, que no nace de la vasija de barro que somos. Cumplir este servicio de corazón, amando al Dios que es Amor, al Hijo que nos salva, al Espíritu de la unidad y la caridad, es lo propio de la vocación sacerdotal.

Esto pedimos hoy para Diego, por intercesión de la Santísima Virgen María, Madre de los sacerdotes: que el fuego del amor del Señor sostenga y guíe siempre su corazón, le dé paz, alegría y fuerza, para cumplir hasta el final la misión recibida al servicio de sus hermanos.

Que la Virgen María lo ayude a guardar siempre viva la memoria del Señor Jesús, en quien tenemos nuestra esperanza, y que quiso concederle el honor de la vocación al ministerio sacerdotal.

Y que así, con la gracia y la misericordia de Dios, de la que es signo perenne el carácter sacramental, pueda responder fielmente a esta llamada a lo largo de su vida, en la gran comunión de los discípulos del Señor, en medio de su Cuerpo, que es la Iglesia.

+Alfonso,
Obispo de Lugo